Teresa se dispuso á salir.

Se puso un gaban bastante largo y se envolvió la cabeza en una mantilla.

A la hora convenida la doncella de la señora de Breville llegó y dijo:

—Si la señora condesa está dispuesta, puede seguirme.

El capitán se hallaba sentado en el jardin, y para matar su tristeza fumaba un cigarrillo.

—¿Sales?—preguntó al ver pasar á su hija.

—Sí; tan solo unos momentos.

—¿Dónde vas?

Teresa tardó un poco en contestar.

—A hacer una visita.

Salió por la puerta de servicio.

Cuando el capitán se quedó solo, se preguntó:

—¿Me engaña... miente?... ¿Qué es lo que ocurre?

¡La confianza había muerto entre ellos y no debía renacer!

IV

Noche de fiesta.

La comida acababa de terminarse en el hotel de Breville.

Había allí reunidos cuatro emigrantes de regreso de América, un consejero de París, escéptico, amable, de excelente color, adorador de todo lo que hace grata la existencia, haciendo de su vientre un dios, y tan goloso como un chiquillo; dos ó tres señoras amigas íntimas de la dueña de la casa y otros tantos

amigos del sexo fuerte, de esos que no salen de París más que unos dias y que apenas se bajan en los balnearios, deseando estar de regreso para pasearse por el asfalto de los boulevares y entregarse por completo á sus buenas costumbres.

Tenian un humor excelente, incluso el consejero.

El vizconde de Breville era un hombre muy cuerdo, que sabia gozar admirablemente de la fortuna que un capricho de la suerte le habia dado, haciendo también que los demás se aprovechasen de ella, ofrecia á sus convidados un rostro sonriente y cariñoso.

El servicio era perfecto, los platos exquisitos, los vinos escogidos y legítimos.

Habia querido celebrar con esplendidez el regreso de su amigo Panel y el éxito de la sociedad.

Toda la casa estaba espléndidamente iluminada; el salón, la estufa, el comedor...

El reloj del comedor dió una media.

La dueña de la casa se levantó.

El vizconde llevó á sus convidados al *fumoir*, y las señoras se dirigieron al salón blanco, resplandeciente de luz.

Una de ellas, que era excelente músico, se sentó al piano y agrupó á las demás á su alrededor, tocando con gran gracia unos cuantos valses que habian causado la alegría de su juventud: *La vida de artista* y *El dominó azul*.

La pianista tenia cerca de sesenta años y todo el calor de su primavera.

Una señora dijo á sus vecinas:

– ¿Habéis notado un hecho?

—¿Cuál?

—Que entre los emigrantes que han vuelto no hay más que la señorita Juana que esté de buen humor.

Y añadió dirigiéndose á la joven:

—No hablo del señor Fremon que no puede estar más satisfecho porque al fin va á retirarse á su país... sino de los otros.

—¿Del barón Panel?

—Diríase que siente haber abandonado sus bueyes y sus caballos salvajes, sus negros y sus cow-boys... Indudablemente tiene algo en la cabeza.

Juana se sonrió.

Creia saber cuál era la causa que atormentaba á su amigo.

Para salvar las apariencias, aventuró esta explicación:

—El barón, ha fundado; y Dios sabe con cuántos trabajos, una casa allí, y un negocio tan grandioso cuya importancia ni siquiera se pueden figurar... Es, pues, muy natural que no se le olvide tan pronto... No en balde se han vivido veinte años en un lugar, sobre todo en medio de una naturaleza tan extraña como aquella y tan diferente de la nuestra, sin tomarla cariño... Y además en el momento de separarse de sus compañeros, siempre se siente alguna pena fácil de comprender... Yo misma estoy emocionada...

—En ese caso, vuestro padre debe haberlo sentido mucho, porque está preocupadísimo.

—Pues no me cabe duda de que esa es la causa de su preocupación.

—¿Y vos?

—¡Oh! yo—dijo Juana—no me encuentro en mi centro... Todo cuanto veo y oigo es tan nuevo para mí... Salir de la pradera tan inmensa, donde he vivido como una salvaje...

—¡Oh!

—Sí, sí; galopando días enteros, disparando tiros constantemente sobre las fieras más ó menos peligrosas, tirando el lazo á nuestros animales lo mismo que un gaucho... en una palabra, haciendo la misma vida que una *squaw*...

—¿Qué es eso?—preguntó una señora muy interesada en el relato.

—Una piel roja... Y héme de repente trasportada á París, casi sin transición... Ya comprenderán que hay causas más que suficientes para hallarse desorientada.

Seguía sonriéndose.

Era indudable que era una cabeza superior, de talento.

La opinión de las señoras presentes era la misma sobre este punto.

Juana añadió con alguna ironía:

—Espero irme formando poco á poco, gracias á los ejemplos que tengo á la vista.

Aquellas palabras eran halagüeñas para el auditorio. Entró en detalles.

El día lo había empleado en recorrer las tiendas con la señora de Breville, que no podía ser mejor para ella.

Habia ido á casa de Carolina Ramel á elegir sombreros.

Allí había tenido que tratar con una oficiala muy joven, que era un encanto de gracia.

¡Qué bonito rostro, qué modales tan cariñosos, qué finura de rasgos.

Aquella maravilla contestaba al nombre de Susana.

Juana preguntó á la señora de Breville:

—¿Verdad que es encantadora?

—¡Ya lo creo! ¡Cómo que yo os lo he hecho notar!

—¡Y pensar que quizás gane cincuenta francos al mes! Unos pocos dollars.

—¿Sabéis música, señorita? – preguntó una de las señoras.

Juana hizo un mohin de desprecio.

—Aunque hubiera querido aprender, no hubiera encontrado profesor. Tenía otras distracciones.

—¿Cuáles eran?

—Tenía que cuidar de la casa; riñas que evitar entre los cow-boys, que son muy vivos; tener cuidado de que no faltasen víveres y otras muchas cosas más.. ¡Oh! pero no de lujo, sino indispensables.

—¿Pero para aprenderlos tendrías un profesor?

—Excelente; sí, señoras. Se llamaba el barón Panel.

—¿El?

—El me enseñó lo poco que sé, y os aseguro que ha tenido que emplear una buena dosis de paciencia... Era una colegiala muy mediana... No quería más que corretear... ¡Y holgazana!...

—¡Oh!

—Sí, sí, muy holgazana... Me gustaba más recorrer la pradera que estudiar cosas que no me parecían de primera necesidad... Y hacía mal... Hoy me alegro mucho de haberlas aprendido.

La conversación seguía versando sobre este tema, cuando la puerta del *fumoir* se abrió y la reunión estuvo completa.

Pasaron muy bien el rato.

La vizcondesa pasó el brazo alrededor del talle de la joven, al mismo tiempo que decía:

—Venid, Juana; os voy á enseñar mis flores.

Juan Redon las observaba con inquieta mirada.

Desaparecieron.

Se disponía á seguirlas; pero llamó su atención una palabra que el señor de Breville acababa de pronunciar.

—Querido—decía al barón,—tenemos unos excelentes vecinos en la Seine-et-Marne; os los daré á conocer.

—¿Cómo se llaman?

—La posesion pertenece al anciano duque de Lusay; pero el marido de su nieta es el verdadero dueño.

—¿El marqués de Bordes?—dijo el consejero.—Conozco mucho á su madre... Tengo el honor de recibir visitas suyas... Me demuestra una confianza que me enorgullece, y me suele hacer muchas consultas... Vivo en su misma calle y casi enfrente de su hotel... Una amiga común nos ha puesto en relaciones. No hay en París un comedor mejor que el suyo, y pido perdon á nuestro anfitrión, cuyo cocinero es excelente... Forman los dos una buena pareja.

—¿Son ricos?—preguntó Fremon, que juzgaba á las personas un tanto á la moda de New-City, según el número de dollars que poseían.

—¡Millonarios!

—¿Tienen buenas fincas?

—Magníficas... y en todas partes. Las fortunas reunidas de su madre, del duque de Lusay y del marqués de Bordes, suman una cantidad formidable; pero les ocurre una desdicha...

—¡Ah!– dijo Juan Redon.

—No tienen herederos—declaró el consejero. —No tienen hijos. Y para la familia esto constituye una desgracia, un verdadero desastre.

El señor de Breville observó:

—Aún es tiempo. La marquesa es aún muy joven...

—No hay ni la menor esperanza. La felicidad no es nunca completa.

Juan Redon pensó en Raimunda, en la niña perdida.

Una malévola sonrisa crispó sus labios.

La casualidad se encargaba de su venganza.

El vizconde prosiguió:

—El marqués de Bordes me habla á menudo de un amigo suyo, que era tan rico como él, por no decir más.

—¿Cómo se llama?—preguntó un convidado?

—El conde Huberto de Busey. Pasaba este señor por ser uno de los hombres más distinguidos de la última época del imperio. Entonces era muy joven. Fué el héroe de una aventura atroz.

—El drama de Busey—dijo el consejero.—Conozco el asunto hasta en los menores detalles. Debutaba entonces. Era yo sustituto en Nevers. La posesión de Busey era indudablemente una de las mejores del Morvan, era inmensa, tenía extensísimos bosques y un castillo que era una verdadera maravilla. Me parece estarlo viendo aún. Se daban allí suntuosas fiestas... El conde era un verdadero gran señor... Se había casado con una mujer encantadora... y muy joven... Una noche, después de un día entero de cacería, estando el castillo lleno de convidados, no se sabe á consecuencia de qué locura aquella mujer cedió á una de esas tentaciones de que tantos ejemplos se conocen.

—¿A las instancias y ruegos de algún convidado?

—¡A una violencia ó á un vértigo!

—En una palabra; ¿fué sorprendida por su marido?

—Sí. Hubo un duelo á florete inmediatamente en uno de los salones del castillo.

—¡Diablo!

—El oficial quedó muerto en el acto de una estocada que le atravesó de parte á parte... Se formó un sumario. Yo tuve que asistir á la formación... Las cosas se habian llevado á cabo con la más perfecta regularidad... El conde habia dado pruebas de su caballerosidad dejando la elección del arma á su adversario y aceptando todas sus condiciones. Nada se podia hacer. Entonces fué cuando yo conocí la magnífica posesión del conde de Busey. Vi á la joven, causa de aquel drama nocturno. Era morena, esbelta y encantadora... Se encerró en un convento, donde, según dicen, se suicidó, desesperada por no haber podido alcanzar el perdón de su marido.

El conde era uno de esos hombres á los cuales no se engaña impunemente y del cual no es difícil desembarazarse.

El Champagne y el exquisito dulzor de los licores, habían electrizado al consejero, que añadió:

—Casi todas las mujeres son lo mismo.

—¡Oh! caballero—dijo una señora escondiendo púdicamente la cara detrás de su abanico, —¡qué mala opinión teneis de nosotras!

El contestó galantemente:

—No es que tenga mala opinión; al contrario, las admiro y las quiero, hasta con sus defectos, y quizás á causa de ellos. Debo advertir que no he visto hombre más digno ni más distinguido que el conde de Busey.

Juan Redon se habia puesto pálido.

El consejero, sin darse cuenta, le había clavado un puñal en el corazón.

Después del elogio del amante de su mujer, venía la apología de su segundo marido.

Era demasiado.

El conde era uno de esos hombres difíciles de olvidar.

El consejero lo aseguraba.

¿No habia oido aquellas ó parecidas palabras más de cien veces, cuando hizo el viaje á la Nievre?

—¿Conoceis la continuación de la historia de vuestro héroe?—preguntó el señor Breville al consejero.

—No. Salí de Nevers poco tiempo después de su duelo con el oficial. Me nombraron procurador de Fontainebleau, después de Amiens. De este último punto vine á París... Supe, aunque de una manera vaga, que el conde había renunciado al mundo, que su castillo estaba abandonado, y ya no volví á oir hablar de él.

—Se volvió á casar unos doce años después.

—¡Quia!... ¿Con quién?

—No lo sé. Lo que hay de cierto es que existe una condesa de Busey y que vive muy cerca de aquí, tan solo desde hace unos cuantos días, porque antes, apenas si sabia que existiese.

—¿Su hotel está en el distrito?

—Al lado del nuestro.

—¡Cosa rara!

—No se la ve nunca. Según parece, se pasa la vida en sus posesiones de la Nievre.

—¿Es jóven?

—Bastante.

—¿Bonita?

—Admirable, según dicen.

—¿Rica?

—Heredó toda la fortuna de su marido.

—No la compadezco. ¿Vive con lujo?

—Con modestia... sin ningún ruido.

—¿No da recepciones?

—Nunca.

La conversación se desvió de este punto.

Se habló de política; la pianista volvió á sentarse al piano, el ex consejero propuso una partida de cartas, que se organizó en seguida.

La vizcondesa de Breville y Juana se habían parado en la estufa, debajo de las ramas de un gigantesco helecho.

A algunos pasos de ellas había una puerta entreabierta.

Detrás de aquella puerta habia una mujer que permanecía oculta, respirando trabajosamente, con los ojos fijos en la joven, hacia la cual se dirigía toda su alma. Aquella mujer era Teresa.

Había entrado allí de la misma manera que había salido de su casa, por la puerta de servicio.

Atentamente escuchaba con deleite la argentina voz de su hija.

No podía distinguir con precisión sus palabras; pero oia el timbre fresco y claro, que la llegaba al corazón.

Admiraba aquellos ojos negros, que no podían verla en la sombra en que se ocultaba; sus rizados cabellos, tan ensortijados como los suyos, que dejaban al descubierto una espaciosa é inteligente frente.

Juana era lo mismo que se la habian descrito, tal y como la soñaba, tal y como la deseaba.

En su mirada se leía una gran franqueza y una gran bondad en aquella fisonomía risueña y leal.

De pronto la joven levantó más la voz.

Su rostro se habia animado.

—Sí, ya lo creo, y es imposible que mi padre me lo niegue. Además, es imposible que no se logre. ¡Pobrecita Raimunda! Daría diez años de vida por volverla á ver.

La vizcondesa decia:

—Está bien, Juana, muy bien.

—Desgraciadamente, conozco poco este país y no sé lo que se debe hacer; ¿pero verdad que no ha de ser muy difícil?

—Eso ya no lo creo, porque han debido de hacer lo imposible...

—No, no; no quiero creerlo.

—A veces un obstáculo imprevisto...

Juana ínsistió.

—No, no me digáis eso, porque sería para mí una verdadera desgracia.

Y añadió con calor:

—¡Pobre Raimunda! Te encontraremos, á pesar de todo.

La vizcondesa se levantó.

—Volvamos—dijo;—estoy faltando á mis deberes de ama de casa.

Colocó el brazo de la joven debajo del suyo, no sin haber dirigido antes una mirada al escondite donde se hallaba oculta su amiga.

Dirigió los ojos al cielo indicándola que tuviese resignación, y se alejó.

Teresa se retorcia las manos.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no exclamar:

—¡Juana! ¡hija mía! ¡Soy yo, tu madre!

Sin embargo, se contuvo.

Habia prometido silencio.

Cumplió su promesa; pero en cuanto que se halló sola, se dejó caer en una silla, ocultó el rostro entre las manos y permaneció consternada por su impotencia.

Estaba separada de aquella hija, la única que la quedaba, porque los más sombríos presentimientos la hacian sufrir por otro lado; por la inflexible voluntad del padre; por el temor de ver descorrer á los ojos de la joven el velo del pasado, del cual tenia que avergonzarse.

Y, sin embargo, dia habia de llegar en que su hija conociese su existencia.

Una triste sonrisa pasó como un reflejo de los pasados tiempos por aquel rostro bañado en lágrimas.

Se decía que á pesar de su falta era imposible que Juana, que tenia un rostro tan angelical, la aborreciese; que compartiese el odio de su padre, y que renegase de ella.

¡No, no podia ser!

¡Iba en contra de la naturaleza!

Y entonces se levantó más animosa, queriendo esperar en el porvenir.

Conocia el camino por donde habia ido; no tenia más que seguirle.

La puerta que daba á la calle estaba entreabierta.

Para llegar no tenia más que atravesar la estufa sin ser vista.

Dirigió una mirada al exterior y se decidió á marcharse.

La estufa estaba desierta: no se oia ningún ruido.

Quedaban encendidas muy pocas lámparas eléctricas, dando una claridad indecisa, atenuada por el follaje de las lianas y de las plantas trepadoras, que iban enlazándose de columna en columna.

Dió unos cuantos pasos en la sombra, y llegaba á la salida cuando una mano la cogió bruscamente por la muñeca y la obligó á pararse.

Ahogó un grito de sorpresa.

Un hombre se hallaba delante de ella.

Era Juan Redon.

—¡Ah!—dijo con sorda voz.—Había adivinado una traición y no me equivocaba. Ya empieza la lucha... Sea.

Y bruscamente preguntó:

—¿Estabais allí?

Y con el dedo señalaba al cuartito.

—Sí.

—¿Habéis visto á vuestra hija?

—Sí.

—¿La habéis hablado?

—No.

—¿Sabía que estabais ahí?

—No.

—¿Quién os ha abierto la puerta?

—¿Qué os importa?

—¿La señora de Breville?

—No quiero contestaros.

—Sería inútil. Entre dos compañeras de esa digna casa de Saint-Denis, donde se educan tantas jóvenes honradas, era de esperar que llegaríais á entenderos. Debería marcharme de esta casa en seguida.

—Haríais mal.

—¿Por qué?

—Porque sería una falta de miramiento con gentes á las cuales debéis mucho, y que no tienen la culpa de nada.

—¿La señora de Breville?

—Es la mujer más honrada del mundo... La he confesado á solas mis pesares... Es un secreto entre nosotras... Se ha compadecido de mí, y gracias á ella he podido ver á Juana, á mi hija... ¿Es esto un nuevo crimen para vos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Os repetiré sobre esto lo que de labios de vuestro amante oí en la calle de Bac:—«Quiero que sea mia, mia sola.»—El dia que sepa que existís deberá escoger; pero lo hará con conocimiento de causa, después de haber leido vuestras declaraciones... ¿Os habéis olvidado de nuestra última entrevista?... Creia que todo estaba convenido entre nosotros... Que yo me quedaria con la mia y que vos os quedariais con la vuestra, si la encontrábais.

—Cuando me lo propusisteis fué porque sabiais que no la encontraría jamás.

Redon dijo con irónica sonrisa:

—Ahí es á marcado lo que se llama el dedo de la Providencia.

La desgraciada bajó la cabeza, murmurando:

—Sois cruel hasta la ferocidad.

La atrajo brutalmente hacia sí, y hablándola casi al oido, la dijo brutalmente:

—No eres tú la llamada á quejarte después de la vida que me has creado. Toda tu sangre no bastaría para saciar mi venganza.

Teresa le rechazó, replicando:

—Tomadla, si es eso lo que quereis. Bendeciria la mano que me matase; pero vos, que atormentais á una madre, sois demasiado cobarde para poner término á mi suplicio. Adios, caballero; Dios y el mundo nos juzgarán.

—Adios, no; hasta la vista.

Teresa huyó aterrada por la burla sarcástica de aquella fiera, que la seguia y que creia oir hasta en la calle. Cuando llegó á su casa dirigió una mirada de angustia al protector que habia perdido, diciéndole:

—¿Por qué no me mato? ¡Mejor sería reunirme contigo que no vivir de este modo!

V

Ultimo esfuerzo.

Después de una noche terrible, noche de insomnio y casi de cólera contra la dureza de aquel hombre cuyos resentimientos vivian á pesar de los años trascurridos, y que abusaba con tanto rigor de las armas que una falta lejana le habia dado, Teresa se levantó al dia siguiente de la escena del hotel de Breville, calenturienta, irritada contra su propia debilidad, decidida á todo para salir de la situación en que se hallaba y de las tinieblas que no podía disipar.

A las nueve escribió esta tarjeta, que iba dirigida á la agencia Fribur:

«La señora de Busey ruega á esos señores que vengan á verla lo antes posible.

»Pone su coche á su disposición.

»Se trata de tomar una decisión seria.»

Llamó. Luisa estaba en su sitio.

—¿Qué desea la señora?...—preguntó.

—Que enganchen el cupé y llevad vos misma esta tarjeta adonde indican las señas. Esperaréis la respuesta.

—Está bien, señora.

—Enseguida ¿eh?

La amiga de Rubol trasmitió las órdenes y volvió al lado de su ama.

—¡Qué pálida estáis ,señora! ¿Habéis dormido mal?